Max Scheler

El puesto del hombre en el cosmos

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Este trabajo presenta un resumen breve y conciso de mis ideas sobre algunos puntos fundamentales de la *Antropología filosófica* en la que llevo trabajando desde hace años y que aparecerá a comienzos de 1929. Las preguntas acerca de *qué es el hombre y cuál es su puesto respecto del ser* han constituido para mí, desde el primer despertar de mi conciencia filosófica, una labor más esencial que la de cualquier otra pregunta filosófica. Mis prolongados esfuerzos por abordar el problema desde todos sus frentes se han concentrado desde el año 1922 en la elaboración de una obra más amplia dedicada a esta pregunta y he tenido la enorme fortuna de ver que la mayor parte de los otros problemas filosóficos que hasta ese momento había estado tratando tendía a converger también en esta pregunta.

Desde diversos ámbitos se me ha expresado el deseo de que aparezca publicada en separata la conferencia que pronuncié en Darmstadt en abril de 1927 con ocasión del congreso de la Escuela de la Sabiduría¹ titulada *El singular puesto del hombre* (vid. *Der Leuchter* [*El candelero*], VIII, 1927). Con este escrito intento cumplir ese deseo.

Si el lector quiere conocer los estadios a través de los cuales se han desarrollado mis opiniones acerca de este asunto capital le recomiendo leer sucesivamente: 1. El tratado *Para una idea del hombre* aparecido por primera vez en la revista *Summa*

¹ Cf. *Introducción*, nota 20. (Nota del editor español)

en 1914 y recogido en la colección de mis tratados y artículos titulada *Del derrocamiento de los valores*, 3ª edición, Leipzig, 1923. Además mi tratado *El resentimiento en la constitución de la moralidad*² (1912) (*ibid.*). 2. Los apartados correspondientes de mi obra *El formalismo en la ética y la ética material de los valores* (1913/1916), 3ª edición, Leipzig, 1927³. Además los apartados correspondientes acerca de la especificidad de la vida emocional del hombre en mi libro *Esencia y formas de la simpatía*, 3ª edición, Bonn, 1926. 3. Acerca de la relación del hombre con la teoría de la historia y de la sociedad se podría acudir a mi artículo *Hombre e historia* en *Neue Rundschau* [*Nuevo Panorama*], noviembre, 1926 (que aparecerá de nuevo previsiblemente como cuadernillo aparte en otoño de 1928 en la editorial *Neue Schweizer Rundschau*, Zúrich) y mi obra *Las formas del saber y la sociedad*, Leipzig, 1926. Acerca de la relación entre el hombre, el saber y la educación véase *Las formas del saber y la cultura*, Bonn, 1925. 4. Acerca de las posibilidades de desarrollo del hombre ya me pronuncié en mi conferencia *El hombre en la inminente era del igualitarismo*, impresa en el volumen colectivo de próxima aparición *Igualitarismo como destino y como tarea*, editado por el Deutsche Hochschule für Politik [Escuela superior alemana de Ciencias Políticas] en la colección Ciencia política, Berlín, 1928.

En mis lecciones acerca de *Los fundamentos de la biología, Antropología filosófica, Teoría del conocimiento y Metafísica*,

² Cf. *Introducción*, nota 8. (Nota del editor español)

³ Aquí se han de tener en cuenta, entre otras cosas, los argumentos acerca de la teoría de la experiencia de la realidad y la teoría de la percepción de la sección III, 4 y 5, aquellos acerca del rechazo de las teorías naturalistas del hombre en la sección V, 8 y acerca de la persona en la sección VI, A. Compárese también con las indicaciones que se hacen en el detallado índice temático a propósito de las entradas «Hombre», «Físico», «Psíquico», etc.

dictadas en la Universidad de Colonia entre 1922 y 1928, he expuesto los resultados de mis investigaciones de manera más pormenorizada, ampliando los fundamentos que aquí se presentan.

Me satisface constatar que los problemas de antropología filosófica han pasado hoy en día a constituir el núcleo de toda problemática filosófica en Alemania y que, incluso lejos de los círculos filosóficos especializados, los biólogos, médicos, psicólogos y sociólogos están trabajando en la nueva imagen de la constitución esencial del hombre.

Más allá de todo esto, la problemática en la que el hombre debate consigo mismo ha alcanzado en la actualidad un punto álgido jamás conocido antes en la historia. Ahora que el hombre se ha confesado a sí mismo que ignora más que nunca lo que realmente es y sin que ya le asuste ninguna de las posibles respuestas que pudiera encontrar a esta pregunta, parece haber recobrado también un renovado *interés por la veracidad* para plantear de una manera nueva la pregunta esencial sin hacer las acostumbradas componendas más o menos conscientes con la tradición teológica, filosófica o científica y para desarrollar una nueva conciencia de sí mismo y una nueva manera de comprenderse tomando como fundamento los espectaculares éxitos que han cosechado los saberes particulares de las distintas ciencias humanas.

Fráncfort del Meno, finales de abril de 1928
Max Scheler

PRÓLOGO A LA SEXTA EDICIÓN

El escrito *El puesto del hombre en el cosmos* aparece en su sexta edición, esta vez en la editorial Francke, en la que se publican también las obras completas de Max Scheler. El texto de la cuarta y de la quinta edición aparecido en los primeros años de la guerra (años difíciles tanto para la edición como para la impresión) ha sido completamente revisado y expurgado de las erratas que pudieron haber pasado inadvertidas en su momento. También hemos formulado en esta nueva impresión títulos para los «contenidos», cosa que hasta ahora no había sido proporcionada.

Maria Scheler

INTRODUCCIÓN

LA CUESTIÓN DE LA IDEA DEL HOMBRE

Si se le pregunta a un europeo culto qué es lo que le sugiere la palabra «hombre», en la mayoría de las ocasiones se le vendrán a la cabeza tres conjuntos de ideas en conflicto y completamente irreconciliables. Primero, el conjunto de pensamientos de la tradición judeocristiana de Adán y Eva, la Creación, el Paraíso y la Caída. En segundo lugar, el conjunto de pensamientos de la Grecia antigua en el que por primera vez en el mundo la conciencia de sí mismo del hombre llegó a concebir su especial posición por medio de la tesis de que lo característico del hombre es poseer «razón», *logos*, *phrónesis*, *ratio* y *mens*¹ (*logos* significa aquí tanto el habla como la capacidad de comprender el «qué» de todas las cosas). Con esta idea está estrechamente vinculada la doctrina de que incluso el universo entero se funda en una razón sobrehumana de la que el hombre, y únicamente él entre todos los seres, puede ser

¹ Las palabras griegas «lógos» y «phrónesis» se suelen traducir al castellano por «razón» y «prudencia» respectivamente. Hay que notar aquí, sin embargo, que esta «razón», para ser justos con el original griego, se tiene que entender en un sentido muy amplio como la lógica que penetra por igual la facultad de conocimiento racional, la capacidad lingüística humana y la realidad misma de las cosas particulares y que contribuye a crear lazos de sentido entre estas tres esferas. «Ratio» y «mens» son las correspondencias latinas de «razón» y «mente». (Nota del editor español)

partícipe. El tercer conjunto de pensamientos es el conjunto de pensamientos de la ciencia natural y de la psicología genética, defensoras de que el hombre es un producto último y muy tardío del desarrollo del planeta Tierra, un ser que solo se distingue de las formas previas del reino animal en el grado de complejidad en el que se combinan unas energías y capacidades que, en sí, aparecen ya en la naturaleza infrahumana. Estos tres conjuntos de pensamientos carecen de unidad entre sí. De esta manera es como poseemos una antropología científica, una filosófica y una teológica que, sin embargo, se desentienden las unas de las otras. *Todavía carecemos, por tanto, de una idea unitaria del hombre.* Más aún, la multiplicidad, siempre en aumento, de las ciencias particulares que se ocupan del hombre, por muy valiosas que estas sean, lejos de iluminarla lo que hacen es ocultar su esencia. Si además se considera que los tres conjuntos de ideas tradicionales que acabamos de mencionar están hoy ampliamente desprestigiados, muy especialmente la solución darwinista al problema del origen del hombre, se puede decir que nunca antes en la historia el hombre se había tornado tan problemático para sí mismo como lo es en la actualidad.

Por eso me he propuesto ofrecer un nuevo ensayo de antropología filosófica partiendo de los más amplios fundamentos. En lo sucesivo, no obstante, serán discutidos solo algunos puntos que afectan a la *esencia del hombre en relación con las plantas y los animales*, así como los que afectan al *singular puesto metafísico del hombre*, y apuntaré una pequeña parte de los resultados a los que he llegado.

Ya la palabra y el concepto «hombre» contienen una enojosa ambigüedad sin cerciorarse de la cual no puede acometerse de ninguna manera la pregunta acerca del singular puesto del hombre. Esta palabra debe proporcionar, llegado el momento, ciertas características exclusivas que el hombre posee en su morfología como subgrupo de la especie de los vertebrados y

de los mamíferos. Es evidente sin embargo que, como quiera que se forme este concepto, el ser vivo designado como «hombre» no solo queda *subordinado* al concepto de animal, sino que además constituye una parcela relativamente pequeña del reino animal. Este sigue siendo el caso, cuando con Linneo se alude al hombre como la «cúspide del orden de los mamíferos vertebrados» (lo cual no deja de ser muy discutible tanto objetiva como conceptualmente) porque esta cúspide, como toda cúspide, pertenece aún a la cosa de la que es cúspide. Con completa independencia del concepto que resume la unidad del hombre en su modo de caminar erguido, en la modificación de la columna vertebral, en la nivelación del cráneo, en el portentoso desarrollo de su cerebro y la modificación de los órganos que trae como consecuencia el caminar erguido (como la oposición del pulgar al agarrar con la mano y el retroceso del maxilar y de los dientes), la misma palabra «hombre» designa también en el lenguaje cotidiano, y ciertamente en todas las culturas, algo tan completamente distinto que apenas se encontrará en el lenguaje otra palabra en la que se dé una ambigüedad similar. Y es que ha de designar al mismo tiempo un conjunto de cosas que se oponen radicalmente al concepto de «animal en general» y, por ende, a todos los mamíferos y vertebrados y lo hace en la misma medida en que se opone también al infusorio stentor², aunque no quepa duda de que el ser vivo denominado «hombre» es incomparablemente más semejante morfológica, fisiológica y psicológi-

² Los infusorios son microorganismos ciliados con forma generalmente ovalada. Fueron descubiertos por el biólogo holandés Leeuwenhoek (1632-1723) en infusiones de heno, de ahí su nombre. La investigación ha ido clasificándolos en distintos órdenes taxonómicos, por lo que hoy en día ya no conforman uno específico. El Stentor pertenece concretamente a la clase Heterotrichea y se menciona aquí en representación de las formas de vida más elementales. (Nota del editor español)

camente a un chimpancé de lo que el hombre y el chimpancé lo son al infusorio.

Está claro pues que este segundo concepto de «hombre» ha de tener un sentido totalmente distinto y un origen del todo diferente a los del primer concepto³. Por eso me gustaría denominar a este segundo concepto el «*concepto esencial de hombre*», en contraposición al primer concepto que atañe al sistema de la naturaleza. Nuestro tema es, por tanto, si *hay en general justificación* para que exista este segundo concepto que otorga al hombre como tal un *puesto singular* que no tiene parangón con el singular puesto que puedan ocupar los seres vivos de cualquier otra especie.

³ Cf. el artículo «Para una idea del hombre» (1914) en *Del derrocamiento de los valores*. Aquí se prueba que el concepto tradicional de hombre se constituye por su semejanza con Dios y que, por tanto, presupone la idea de Dios como punto de referencia.